



Estragos de la experiencia y cuerpos
re(in)sistentes
(notas sobre narrativa argentina)¹

Laura M. Martins

martins@lsu.edu

Louisiana State University

Resulta ocioso afirmar que el llamado “Proceso de Reorganización Nacional” no era una designación eufemística. Fue, efectivamente, el gran primer paso del *proceso de adaptación* a la globalización neoliberal promovido e iniciado por la dictadura genocida, pero verdaderamente instrumentalizado y llevado a cabo por el gobierno del ex presidente Carlos Menem (1989-1999) y así llegamos a la actualidad con una “economía de penuria”, una economía “de tipo colonial” que funciona “a baja intensidad” (Beinstein, “Argentina: la revolución ausente” párr. 7 y 1). El menemismo se presentó, entonces, como ejecutor de la política socio-económica más depredadora y desinteresada del futuro del país a la que haya asistido la Argentina. El terror y el tormento fueron la norma propicia para los inicios de la política neoliberal, aplicados al principio en la coyuntura de una sociedad muy movilizada políticamente; luego sobrevino la adopción y la adaptación expeditivas a la economía de mercado ejecutada en menos de una década a través del despojo del patrimonio nacional, cuyos bienes, servicios y empresas espuriamente privatizados dejó un país en carne viva, con su soberanía desangrada y su acumulación colectiva arrebatada. Como en sus orígenes, la relación cuerpo-capitalismo se convierte en el nudo mismo de una política de *desangramiento*. Hago la salvedad de que, tal y como sostiene Willie Thayer, no denomino “de transición” al proceso redemocratizador postdictatorial latinoamericano, sino a los *procesos dictatoriales en sí* ya que fueron éstos los que hicieron posibles las condiciones para el pasaje del “estado nacional moderno al mercado transnacional postestatal” (96). Como ejemplo de *transición* al estado neoliberal cabe mencionar que en el año 1982 hacia el final de la dictadura, es decir, *durante* la guerra de Malvinas, en el Ministerio de Economía ya se había preparado la propuesta de privatización de los bienes nacionales. La mascarada del

nacionalismo (la “recuperación” del territorio insular) ocultaba alevosamente la des-nacionalización del patrimonio argentino. Mientras se reclamaba la soberanía territorial de las islas Malvinas, se emprendía la venta —la oscura venta— de “la soberanía de los cuerpos que constituye el país” (Rozitchner, “Democracia” 6).

Para continuar con el saqueo y arrebatarse así la “acumulación colectiva” generada por toda la ciudadanía argentina, el ex presidente Menem sostuvo en uno de sus discursos de la segunda presidencia: “Vamos a aplicar un ajuste *sin anestesia*”² (cit. en Rozitchner, “Democracia” 6). En esta elocuente afirmación de Menem [‘un ajuste sin anestesia’], está presente el torturador que quiere provocar dolor para imponer algo. Al respecto Rozitchner puntualiza: “¿Por qué no pudo decir ‘voy a hacer un ajuste que duela menos’, que no duela tanto? ¿Por qué esta presencia [...] de este presidente que [teníamos] no pudo haber planteado un ajuste sin tortura, sino fuera porque *era él el prolongador de los que torturaron antes, presente en el campo de la democracia misma?*”³ Y esto no se manifiesta solamente en eso. Se manifiesta en el indulto, se manifiesta en la concesión de todos los bienes nacionales que hizo él” (Rozitchner 6). Escueta pero rotundamente, el ejemplo pone a las claras el avasallamiento de la subjetividad sufrido por los ciudadanos argentinos. Internalizamos las normas del disciplinamiento corporal y social ejercido por el terrorismo de Estado, las cuales, aún hoy, más allá del período dictatorial, como sujetos que navegamos en las aguas del miedo y el horror, permanecen decididamente operantes. “*El terror está presente como fundamento de [nuestro] cuerpo [...], la muerte es la amenaza que está siempre presente, [...]* [una] muerte que aparece como naturalizada, como un efecto de las condiciones naturales del juego de la economía, pero que en última instancia son muertes que dependen de la voluntad humana” (“La irrupción” párr. 4 y 1).

Ahora bien, ¿qué dice la literatura frente a esta “sujeción de la subjetividad”, frente a la (re)producción de un tipo de subjetividad aterrorizada, o frente a la inestabilidad de la existencia? ¿Es posible resistir el terror y la violencia simbólica y material cotidianas? Establecido lo anterior, en un primer lugar y rápidamente, rastrearé algunas cuestiones relativas al cuerpo en dos novelas canónicas de la literatura argentina *Respiración artificial* de Piglia y *Nadie nada nunca* de Saer escritas durante la dictadura, y en segundo lugar examinaré *En estado de memoria* de Tununa Mercado (1990), novela publicada en los inicios del menemismo, donde aparecen esos mismos núcleos que ya no tratan de discernir el valor de lo inhumano, sino llevar a cabo la rematerialización simbólica del cuerpo para exponerlo como un lugar de decisiva resistencia frente al avasallamiento de la subjetividad.⁴

No obstante, me resulta aquí imprescindible recurrir a un excursus teórico que no pretende proporcionar una explicación global ni mucho menos estatuirse como *la* explicación, sino sólo ser una vía de acceso a cuestiones que atañen a la relación cuerpo-subjetividad y al desmenuzamiento de la lógica religioso-económica del capitalismo.

La masacre ejecutada por la dictadura militar pudo ser llevada a cabo porque se partió de la noción central de muerte “[como] instrumento y [...] método para ordenar la vida social e histórica” (Rozitchner, *La cosa* 338). Al respecto, Rozitchner ofrece algunas claves para la reflexión en *La cosa y la cruz. Cristianismo y capitalismo. En torno a las Confesiones de San Agustín* donde examina el modelo humano de la infinitud religiosa: brutal, fina y estratégicamente construido por el cristianismo y que se conforma en el sustrato esencial para el surgimiento victorioso del capitalismo. Sus premisas son equivalentes, tanto como el fundamento de sujeción y abuso que ambos suponen. Lo sagrado y lo siniestro unidos en la lógica de un sistema cultural que niega radicalmente el cuerpo y la condición misma de lo humano. Pero si puede recurrirse, por un lado,

al dato más empírico de la conocida complicidad y directa participación de dignatarios eclesiásticos y religiosos de menor rango en la maquinaria asesina de la dictadura --decididos a “exorcisar” la presencia del Anticristo en tierras rioplatenses--, por otro, se impone reflexionar sobre el desprecio y la des-valorización del cuerpo humano durante el ejercicio del terror, aunque la reflexión asimismo sirve para especular sobre tiempos de cierta juridicidad en el marco apenas algo más laxo de la democracia burguesa. Ahora bien, ¿cómo se avasalla la subjetividad? ¿Cuáles son los dispositivos instalados en nuestra interioridad más subterránea a los que se recurre para proceder a someterla con eficacia? ¿De qué manera se *encarna* la dimensión de muerte en la que navegamos cotidianamente? El cuerpo de un rebelde ultrajado hasta la muerte continúa moldeando la subjetividad occidental, sostiene certeramente Rozitchner (*La cosa*, 11); es decir, que este imaginario occidental (judíos y no religiosos incluidos) está sólidamente amasado en la cultura cristiana. Subjetividad sometida por la amenaza y la muerte --expuestas desde una verdad unívoca, absoluta-- y sojuzgada o bien por esa territorialidad denominada infierno que en nuestro imaginario se presenta con un repertorio pródigo en tecnologías de tortura, o bien por la protección de un prometido mundo, etéreo y luminoso, del cual “gozaremos” si somos capaces de inhibir nuestras pulsiones en tanto hay una instancia punitiva que nos puede condenar incluso a la muerte. El que no cree en esa verdad única deberá ser irremediabilmente castigado. El modelo de salvación se encarna en un crucificado que muere para la realidad histórica y resucita para establecer la eternidad como lugar donde se premia la sumisión. Un modelo de rebeldía aplacada y subrayo: *el que se atreve a subvertir el orden muere por el poder del Estado*. Marx había examinado la expropiación del cuerpo del obrero en el proceso productivo pero no expuso el previo y conveniente embargo “[...] mítico-religioso del cuerpo vivo, imaginario y arcaico, que constituye [...] el presupuesto también de toda relación económica” (12). Puede afirmarse que para

que se desarrollara y proliferara plenamente el sistema de producción capitalista sobre la base del cuerpo des-valorizado —convertido él mismo en mercancía— debió perpetrarse anteriormente el desprecio total del “uso de los cuerpos” que, en consecuencia, el capital se encargará de expropiar. Se niega la materialidad ya que debe ser conjurada para no hacer tambalear el *ordo universalis*. Entre las premisas del capital y las del espíritu cristiano existe una lógica complementaria: *invertir* en lo espiritual, *ahorrar* en carne (*despreciada* y *ex-propiada* mi condición verdaderamente humana) y *acumular cuantitativamente* en virtud de obtener los *preciados dividendos celestiales*. El orden capitalista (al igual que la subjetividad religiosa cristiana de la que aquél deviene) impone un vivir para un sistema cambista, para lo que Guattari denomina “una traductibilidad general de todos los valores, más allá de los cuales todo está hecho para que el menor de [los] deseos [del individuo] sea resentido como asocial, peligroso, culpable” (53), y es en función de esa forma que el sujeto debe asumir “los mecanismos de control, de represión, de modelización del orden dominante” (53). Como sostuve anteriormente, la relación cuerpo-capitalismo se convierte en el nudo mismo de una política de desengramiento.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo